

EL SÍMBOLO, CAMINO DE COMPRENSIÓN DEL MUNDO BÍBLICO

Gonzalo M. de la Torre Guerrero C.M.F.

Cuando en la Biblia se nos habla de verdades fundamentales acerca de Dios, del ser humano, del mundo, etc., no debemos pensar en la realidad de las cosas en sí, sino en la realidad que la conciencia tiene asimilada acerca de todas ellas, realidad que hay que saber descubrir... Es aquí donde el símbolo tiene la última palabra...

1. LA SILENCIOSA Y FUNDAMENTAL PRESENCIA DEL SIMBOLO EN LA BIBLIA

Siempre que tengamos delante de nosotros un texto bíblico, pensemos que él es el resultado de un proceso profundamente humano, que él no cayó del cielo, sino que es el producto de un esfuerzo personal o comunitario que trata de comunicar, a partir de acontecimientos, lo que el escritor o la comunidad piensa de Dios, del ser humano, del mundo, de la historia, enrolando o comprometiendo en todo ello su fe en un determinado modelo de Dios. Por lo mismo, cuando en la Biblia se nos habla de estas verdades fundamentales (Dios - ser humano - mundo), no pensamos en la realidad de las cosas en sí, sino en la realidad que la mente tiene asimilada acerca de todas ellas. Es aquí donde el símbolo tiene la última palabra.

1.1. Aproximación a la esencia del símbolo

Con las ideas anteriores queremos decir que todo texto bíblico nos está revelando, a través de las palabras que alguien pronuncia (a través del universo literario externo), la realidad interna que tiene depositada esa persona en su interior (el universo personal interno).

Por consiguiente, si ya desde este comienzo quisiéramos aproximarnos a una definición de símbolo literario, podríamos decir que es el acontecimiento que permite unir dos campos: el de las palabras

del relato y el de la interioridad de quien emplea dichas palabras. Esto nos conduce inmediatamente a pensar cómo en el símbolo literario partimos de las palabras abiertos, al mundo interior secreto; de lo decible o narrable por las palabras, a lo indecible o innarrable que está en la interioridad humana; de lo literal que se palpa, a lo figurado impalpable; del mundo abierto de las palabras, al universo cerrado de la interioridad. Lo cierto del proceso simbólico literario es que las palabras se convierten en vehículo de revelación o, en camino hacia un mundo diferente. Aquí las palabras se muestran siempre como una estructura de doble sentido: el sentido exterior remite a un sentido interior más profundo, y el sentido profundo interior sólo queda manifiesto a partir de lo exterior; más aún, el sentido exterior es siempre frente a la rica realidad que yace en el interior. Nuestras ideas y sentimientos siempre son más ricos que nuestras palabras. El descontento de todo autor es que lo expresado -por bello que sea nunca logra agotar todo lo que está en el interior y desea salir fuera.

1.2. La Biblia, campo simbólico de permanentes interrogantes

La Biblia está llena de ejemplos

que confirman todo lo anterior. Desde el comienzo (en el libro del Génesis) abundan los casos. Queremos ponérselos al lector en forma de interrogantes, no en forma de soluciones, para que él mismo se dé cuenta de la limitación del mismo texto bíblico y se vea obligado a pensar en que las palabras del texto, en su forma literal, no son suficientes: hay que convertirlas, por la fuerza del símbolo que las posee o inhabita, en un camino hacia unas verdades más profundas.

Por lo mismo, preguntémonos, buscando una verdad mayor: ¿A qué realidad subyacente en el interior de los humanos sobre Dios y sobre sí mismos conduce la afirmación de que Elohim «creo al ser humano a imagen suya, a imagen de Elohim, macho y hembra lo creó» (Gn 1,27)? ¿Qué realidad está oculta en el fondo de la conciencia humana acerca de sí misma cuando se afirma que «Yahvéh Elohim formó al hombre del polvo del suelo y le insufló en sus narices aliento de vida, quedando constituido el ser humano como un espíritu viviente» (Gn 2,7)? ¿Qué verdad mayor y secreta se está revelando al decir que «Yahvéh Elohim transformó en mujer la costilla que había sacado del varón» (Gn 2,22)? etc. etc. ¿Se pueden y se deben tomar al

pie de la letra las expresiones «el ser humano es imagen y semejanza de Dios», o «el hombre fue hecho de barro», o «la mujer fue hecha de una costilla»? Pasando al N.T. podemos también preguntarnos cosas como éstas: ¿Qué querrá decirnos Lucas con esta afirmación: «Y descendió sobre Jesús el Espíritu Santo en figura corporal como de una paloma y sonó una voz del cielo: tú eres mi Hijo Amado» (Lc 3,22)? ¿A qué realidad alude Lucas cuando envuelve a Pablo en resplandores, lo tumba al suelo y lo hace oír voces del cielo» (Hch 9,4)? ¿Y qué hondo significado puede tener, frente a una mujer que va a ser la madre de un niño que no es sólo hombre sino Dios, el hecho de que ella diga «yo no conozco varón», o el hecho de que es un ángel quien le dice que «el Espíritu Santo vendrá sobre ti» (Lc 1,34-35)? ¿No hay detrás de todas estas palabras otra realidad más honda, más profunda, que la que da el simple significado de las palabras?

1.3. La necesidad de la hermenéutica es la mejor prueba de la presencia del símbolo

Frente al desafío que nos plantean estas preguntas, cabe hacernos otra: ¿No es cierto que para poder responder los interrogantes

hechos, necesitamos algún tipo de hermenéutica? Recordemos que siempre que se necesite hermenéutica es porque palpamos la necesidad de ir más allá de las palabras, en busca de otra realidad, ciertamente conectada con ellas, pero más honda que ellas. La mejor prueba, pues, de que en el texto bíblico nos encontramos con relatos simbólicos es que todo texto vive siempre necesitado de una hermenéutica que saque lo que está detrás de las palabras y que pertenece al secreto de la interioridad humana. Esta es la razón por la cual todo texto necesita de una hermenéutica, y tenemos que añadir que no de cualquier hermenéutica.

2. LOS CUATRO ELEMENTOS QUE CONFORMAN LO SIMBÓLICO EN UN RELATO BÍBLICO

En nuestro lenguaje ordinario no sabemos cómo emplear la palabra «símbolo». Esta palabra se la aplicamos equivocadamente a uno de estas cuatro elementos que constituyen el símbolo y que iremos explicando detalladamente: 1) A las acontecimientos que generan el proceso simbólico; 2) o las estructuras mentales que interpretan dichos acontecimientos; 3) o a nuestro mundo interior consciente e inconsciente donde se deposita dicha interpretación; y 4) o finalmente al relato o a alguna expresión simbólica con que las estructuras de la mente tratan de responder al acumulado de sentimientos que

bullen en su interior. Lo cierto es que ninguna de estos cuatro elementos aislados define el símbolo, por la sencilla razón de que el símbolo está constituido por los cuatro y de que los cuatro participan en todo proceso simbólico ordinario.

Un relato bíblico es el fruto de un proceso. Hay que tener en cuenta cada paso de este proceso, a fin de percibir toda la riqueza del símbolo. No nos podemos quedar sólo con la exterioridad del símbolo (el relato o la frase bien logrado), sino que debemos tener presente su globalidad, los elementos que él agrupa y que nos llevarían muchas veces a abismarnos totalmente no tanto en la exterioridad de lo que cuenta un relato, como en el rico contenido interior del mismo.

2.1. Partamos de un ejemplo bíblico

Tenemos como ejemplo de un proceso simbólico bíblico esta frase, en la que está el meollo del relato simbólico de la encarnación de Dios; según Juan: «y la Palabra de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros»; después de leerla detenidamente y repasar su contexto, nos damos cuenta que detrás de ella hay un proceso que es propio de todos los relatos simbólicos y que podemos sintetizar así:

a. Hay un hecho histórico: la aparición de un ser humano con características divinas que desbordan su humanidad y con características humanas que comprometen

ten la divinidad.

b. Hay unas estructuras mentales de una comunidad o un escritor que frente a Jesús se encontraba con dos elementos que no se podían ocultar: su humanidad (su «carne», su condición de debilidad); y su divinidad (o el hecho de ser expresión de un proyecto divino por siglos esperada).

c. Hay un inconsciente comunitario y personal que capta la presencia de Dios en la tierra como «un proyecto divino que se concretiza en la historia... Notamos enseguida que toda la fuerza del relato está en la síntesis que quiere presentar de Jesús: de su plena divinidad y de su plena humanidad. En esto se centra la fuerza simbólica que le da a cada uno de los términos, que deben ir a buscar, como punto central su respectivo polo de atracción: La divinidad o la humanidad del personaje en cuestión. Las circunstancias o mediaciones históricas que acompañan a Jesús (su padre, su madre, su nacimiento), están en el texto sólo de una manera refleja, indirecta. Aunque no se niegan -¡imposible hacerlo!- no están en el interés primario del relator.

d. Hay una expresión literaria, que es simbólica, porque es capaz de

recoger los tres elementos o procesos anteriores en esta corta frase: «y la Palabra de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros». No llama a Jesús por su nombre humano, ni lo cualifica de divino. Responde a esas dos realidades con la expresión «Palabra de Dios» (divinidad), que «se hace carne» (humanidad)... A nosotros nos tocaría seguir ahondado *e x e g é t i c a m e n t e* (hermenéuticamente) en lo que significa cada término: ser plenamente divino y ser al mismo tiempo plenamente humano.

Este relato simbólico de la Encarnación de Dios compuesto por Juan (Jn 1,1-14), si lo comparamos con el de Lucas (Lc 1,26-35) y Mateo (1,18-25) nos demuestra cómo es posible que se digan las mismas cosas de modos tan diferentes. Aquí se trata de relatos simbólicos que responden a diferentes conciencias (consciente - inconsciente) con intereses o preocupaciones también diferentes.

2.2. Repaso general de los cuatro elementos que constituyen el símbolo

Aunque vamos a ampliar cada uno de los cuatro elementos anteriormente indicados, es bueno darles ahora un vistazo general que nos facilite su comprensión.

a. No olvidar que el símbolo parte de un suceso de la vida (exterior o interior)

Los cuatro elementos que poco indicados son los que están presentes en todo proceso simbólico. Insistimos en ello, porque generalmente nos obnubilan las formas externas atrayentes de los relatos literarios (su permanente uso de signos metafóricos), descuidando el acontecimiento humano histórico al cual quiere dar respuesta el símbolo. En toda forma literaria, por simbólica que sea, yace un intento -exitoso o fallido- de dar respuesta a los acontecimientos que configuran la propia existencia, o la propia historia. Esto hay que aplicarlo siempre a todos los relatos bíblicos, por muy simbólicos que ellos sean. Todo relato, a partir de una hermenéutica, tiene la capacidad de llevarnos al acontecimiento que lo genera.

Sin embargo, suele ocurrir que frente a la fascinación de las expresiones literarias, muchas veces se nos olvidan estos tres elementos: 1) el hecho histórico que destaca la aparición del relato; 2) las estructuras de la mente que leen el acontecimiento; 3) el inconsciente que almacena los sentimientos que el acontecimiento provoca después de ser leído por

las estructuras mentales. Nuestra tarea es reivindicar el papel de estos tres elementos, a fin de poder entender la complejidad y riqueza del símbolo.

b. Reconocer el papel re creador que hacen las estructuras histórico- culturales de la mente

Las estructuras mentales son las encargadas de leer el acontecimiento, de acuerdo a los propios intereses y necesidades de quien es testigo del mismo; y, ya leído el acontecimiento y en cierta forma transformado, (en cuanto adaptado a los intereses del que lo lee) las estructuras mentales lo depositan en el inconsciente para, en un momento oportuno, volverlo a utilizar. Aun cuando el acontecimiento no traiga explícitamente personajes, diálogos, voces, mandatos, prohibiciones y otras circunstancias, las estructuras de la mente las intuyen, las recrean, no porque quieran inventárselas, sino porque perciben que están ahí, detrás de lo acontecido.

c. Valorar el rico acumulado del interior (inconsciente - consciente) personal y colectivo

El inconsciente, por su parte, es esa especie de depósito oscuro donde quedan depositadas las experiencias más hondas que el

ser humano tiene frente a los sucesos que lo golpean. En el inconsciente no sólo duermen los recuerdos e impresiones, sino que allí también ellos maduran, como en un proceso de gestación. Lo aquí depositado por los esquemas mentales no reposan para siempre; buscan su momento de salida, esa especie de alumbramiento que deberá efectuarse con la aparición de la expresión literaria final que los libera del inconsciente para convertirlos no sólo en acto de sanación del interior, sino en don que también saneará el interior de muchos otros que lleguen a asimilar correctamente el relato.

d. Saber ver en el relato simbólico el final de un proceso, no un hecho aislado e independiente

El relato hablado o escrito, es, pues, una criatura que, para nacer, activa de nuevo las estructuras de la mente, para dar lo mejor de sí, en palabras apropiadas y precisas, en metáforas e imágenes, en sobriedad y elegancia, en simplicidad y claridad, buscando que el relato simbólico demuestre estas cuatro cosas: que el escritor, utilizando sus esquemas mentales, tuvo capacidad recreativa frente a la acontecida... que su inconsciente tuvo capacidad acumulativa y capacidad de

maduración y de espera... que las estructuras lectoras de la mente tuvieron capacidad de ver a fondo y de enriquecer el acontecimiento... y que se puede llegar al suceso original, no para echarle en cara al autor del relato que alteró el suceso, sino para hacer confesión de la riqueza escondida que estaba en el mismo y que alguien supo descubrir.

Vamos a hacer, a partir de este momento, una ampliación de cada uno de los cuatro elementos que configuran el símbolo. Ahondar en cada uno de ellos desde el mundo bíblico, nos demostrará su inmenso valor para los procesos hermenéuticos.

3. EL ACONTECIMIENTO ORIGINAL, PUNTO DE PARTIDA DEL SÍMBOLO

La gran tentación que tenemos frente a los relatos simbólicos es la de desligarlos de la historia, la de pensar que símbolo e historia se oponen, como lo suelen hacer ilusiones y realidad. Todo lo contrario: símbolo y realidad no son opuestos, ya que el símbolo es el resultado de un proceso que parte de un suceso concreto, que nunca llega a desaparecer del todo, aunque la mente lo enriquezca y cause la impresión de que lo transforma. Pero, cuando la mente hace esto, no es porque quiera desfigurar el acontecimiento original, sino porque saca a la luz lo que éste tiene implícito, lo que sólo le revela a quien tiene mirada simbólica para leer la hon-

dura y lo oculto de los acontecimientos de la historia.

3.1. Partamos de un ejemplo bíblico

Todo relato bíblico simbólico tiene, como punto de partida, algún acontecimiento. A veces se trata de un acontecimiento considerado extraordinario, como darle alimento a miles de personas, lo cual generó en los evangelios el relato simbólico del milagro de la multiplicación de los panes (Cfr. Mc 6,30-44 y par.). Otras veces se trata de un acontecimiento bien ordinario, como la sanación de unas fiebres comunes, lo cual genera en el evangelio de Marcos el relato simbólico de la curación de la suegra de Pedro (cfr. Mc 1,29-31). El acontecimiento que puso en marcha el relato simbólico no desaparece del relato, de tal manera que el lector lo debe y lo puede reconstruir sirviéndose de los mismos elementos que le aporta el relato simbólico. Por ejemplo, los exegetas que reconstruyen el acontecimiento que está detrás del relato de la multiplicación de los panes, se sirven de estos datos: de la pregunta de Jesús «¿cuántos panes tienen ustedes?» (Mc 6,38); del hecho de organizarlos por grupos, para que pudieran compartir (6,39-40); y de la frase «irles dando pan bende-

cido a sus discípulos, para que lo repartieran» (6,41). Todos ellos son datos que ayudan a pensar, sin quitarle el valor al milagro, en que en el suceso original frente al hambre que acosaba, se trató de una invitación inicial a compartir que desencadenó el resto del suceso milagroso.

3.2. Lo «maravilloso» del suceso original

Al escritor realmente no le importa que el acontecimiento original sea en sí mismo significativo o no, ya que es él quien lo va a convertir en algo simbólicamente significativo, puesto que él tiene la capacidad de modificar el acontecimiento original, al reinterpretarlo y reconstruirlo, añadiéndole, quitándole o matizándolo de acuerdo a lo que quiere expresar con el mismo. Es obvio que si el acontecimiento es en sí mismo significativo, facilita la narración del suceso, pues quienes fueron testigos del mismo ya ponen en él ese detalle de tratarse de «algo llamativo, que causa admiración» (esta es la etimología obvia de milagro); la carga sobrenatural del mismo, que muchas veces elimina la presencia de lo natural, obedece al tipo de interpretación que se emplee, según la mentalidad dogmática del lector.

Recordemos que en los procesos simbólicos la tendencia normal es la de recrear el acontecimiento. Esto es debido a que, para el narrador o escritor, lo que más vale en un acontecimiento no es el hecho que aparece a primera vista, sino los efectos del mismo que pueden ser más importantes que el suceso en sí y que son los que golpean al que tiene mirada de fe. Eso que le añade la cultura, la fe o los esquemas mentales es lo que principalmente va a ser narrado. ¿Significo esto que hay que prescindir del acontecimiento original? De ninguna manera.

Más bien ello significa que en el acontecimiento original van a aparecer matices, sucesos y hasta personajes que van a sacar a la luz lo que una mirada superficial no descubrió o no supo ver en el acontecimiento. Es necesario insistir en esto, ya que en el lenguaje popular se habla ordinariamente de símbolo (y de mito), como de algo totalmente carente de realidad. La verdad más bien es que alguien, desde sus propias circunstancias socio-religiosas y, por lo mismo, con otro tipo de mirada, ha visto más cosas en el suceso que las miradas ordinarias, desinteresadas del mismo. El interés en el suceso y el personaje al que se liga el mismo es lo que hace descubrir más y más cosas

en lo acontecido.

4. EL PAPEL DE LAS ESTRUCTURAS HISTÓRICO-CULTURALES DE LA MENTE, TANTO PERSONALES COMO COMUNITARIAS

Todo ser humano y toda comunidad humana tienen su propio esquema mental que le sirve para leer y releer los acontecimientos, descubrir en ellos toda la riqueza que tienen. Estos esquemas mentales hacen el papel de filtros activos que al entrar en contacto con el suceso lo recrean y enriquecen y así lo depositan en la conciencia. Estos filtros, o esquemas, o estructuras mentales son siempre frutos no sólo de la historia y la cultura heredadas, sino también de la historia y la cultura que se están viviendo, en ese momento, como también son fruto de la propia libertad y del trabajo que la presencia amorosa de la Divinidad realiza en la conciencia.

4.1. El ejemplo de las tradiciones teológicas de Israel

Esto es exactamente lo que en el Antiguo Testamento ocurre con las tradiciones teológicas, cada una de ellas fruto de unas circunstancias históricas que las constituyeron en filtros mentales teológicos que leyeron de determinada manera los sucesos vividos por el pueblo. Esto lo vemos palpable en las cuatro conocidas corrientes teológicas de Israel, que también pueden ser llamadas tendencias, movimientos, tradiciones...

Recordémoslas: la Yahvista, la Elohista, la Sacerdotal y la Deuteronomista. Mientras la mentalidad Yahvista filtra sus experiencias de Dios y las llena de cercanía y ternura (Dios alfarero: Gn 2,7.19; Dios jardinero: Gn 2,8; Dios cirujano: Gn 2,21, etc. etc), la tradición Elohista llena a Dios de fuego que arde (Ex 3,1 ss), o de montañas, relámpagos, truenos y nubes (Ex 19,16-18)... y la tradición Sacerdotal reviste a Dios de culto, de templo, de utensilios sagrados, de sitios restringidos, de víctimas inmoladas, de ornamentos sacerdotales (cfr. las tradiciones culturales del Éxodo en los capítulos 25-31), y finalmente la tradición Deuteronomista ve a Dios con mirada de justicia, presentándolo como quien anheló un año sabático de igualdad entre los israelitas (Dt 15,1-2), como el que está de parte de los débiles (Dt 15,7-8), como el que quiere darle a la justicia la primacía sobre todo (Dt 15,20), como el que tiene compasión de las viudas y los huérfanos (Dt 24,19-21) etc.

4.2. La capacidad humana de descubrir diferentes verdades en las cosas

Vemos, pues, cómo cuatro esquemas mentales leen a Dios de una manera diferente, a partir del momento socio-religioso que es-

tán viviendo. Esta variedad de opiniones que vemos en relación a un mismo Dios, la palpamos también en relación a cualquier otro sujeto, o en relación a cualquier acontecimiento. Esto obedece a esa capacidad que tiene el ser humano de «conmoverse» ante un acontecimiento, de interpretar aquello de lo que ha sido testigo y de llegar a recrearlo, si es necesario. Y todo ello de tal forma que la verdad de las cosas ya no es sólo la que los sucesos traen, sino principalmente las que el ser humano les pone. Él tiene la capacidad de decir las verdades más hondas de las cosas y lo que la apariencia de las mismas no revela. Se puede decir que la honda verdad de las cosas ya no está en ellas, sino en las estructuras mentales humanas. Si aplicamos todo esto a los autores de la Biblia, encontramos en parte y desde el mundo simbólico, la explicación de por qué ellos nos dan definiciones e ideas tan variadas, tan distintas, propias y originales de Dios, del mundo, del ser humano, de sí mismos. Sus esquemas mentales, a partir de su propia historia y cultura y de las circunstancias que estaban viviendo, los llevaron a eso.

4.3. Los creadores y responsables de nuestros esquemas mentales, como punto de partida

¿De dónde, pues, nacen estos esquemas mentales de tanta importancia en la vida de todo ser humano? Como punto de partida, los especialistas nos dicen que nuestros esquemas mentales simbólicos son en parte heredados y en parte adquiridos. Ellos empiezan a formarse desde el seno materno y se afianzan y desarrollan en el proceso de socialización.

a. El papel del grupo humano que nos cobija

En este sentido, son responsables de nuestros esquemas mentales: el grupo humano en el que estamos insertos, la nación, la región, la ciudad, el barrio, la calle, el edificio, la familia a la que pertenecemos... lo mismo que las instituciones que confrontan nuestra vida y nuestra conciencia: la familia, la escuela, el colegio, la universidad, la iglesia o religión, el partido político...

b. El papel de las estructuras sociales

Son igualmente responsables de nuestras estructuras interiores simbólicas las estructuras sociales que

nos rodean: las económicas, las políticas, las ideológicas, las militares, la clase o estrato social al que pertenecemos... Todo esto se da en unas condiciones ecológicas y ambientales que crean en cada ser humano estructuras que influyen en su pensamiento...

c. El papel de la libertad y la gracia

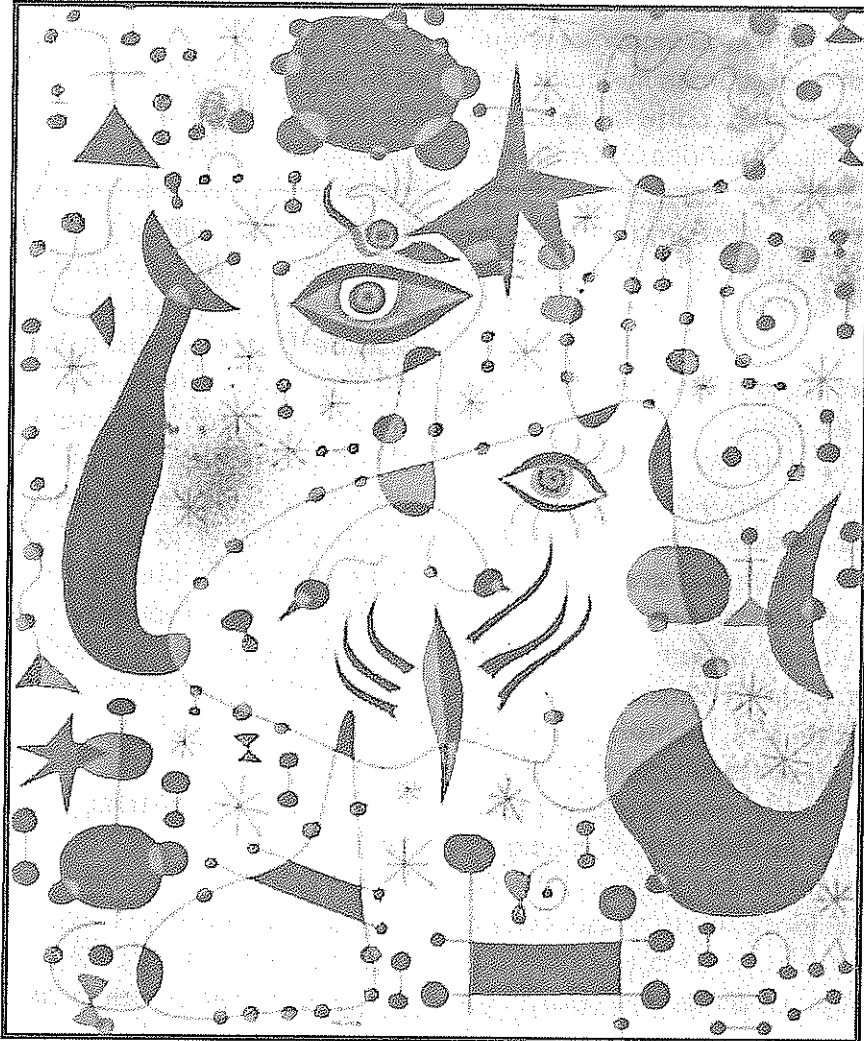
Y si a todo esto le sumamos dos realidades definitivas en nuestra vida como es la de nuestra propia libertad y la de la acción amorosa de Dios en nuestro interior, tendríamos un cuadro inmensamente grande y rico, pero al mismo tiempo complicado y casi inexplicable de los esquemas mentales que configuran la cosmovisión humana, o la forma como cada grupo percibe y reacciona frente a cada acontecimiento con el que nos llegamos a encontrar.

d. El papel de la Historia y la Cultura

Hay dos palabras que son resumen de todo lo anterior, sea porque pueden ser un punto de partida, o porque pueden ser consecuencia. Estas dos palabras son «Historia y Cultura». En ellas se resume toda la capacidad y la actitud simbólica humana. La his-

toria y la cultura influyen en nuestro modo de ver y valorar los acontecimientos, pero al mismo tiempo este modo de ver y valorar recrea permanente la historia y la cultura. Nunca valoraremos suficientemente el hecho de ha-

ber sido los israelitas un pueblo fuertemente influenciado por Mesopotamia y Egipto, con sus códigos morales y con su sabiduría... con una gran raigambre en las tribus del desierto de donde asumieron esos cuadros de pure-



Pintura de J. Miró.

Aquí hay una expresión simbólica que está revelando el mundo interior, personal o social del autor... Pero esta expresión debe ser leída -interpretada- por quien observe la obra... Un ejercicio de hermenéutica...

zas e impurezas, de circuncisiones, bautismos y purificaciones que, en cierta medida, los van atormentando toda la vida...

4.4. Las estructuras histórico-culturales de la mente a veces crean realidades (relatos) ético-simbólicos opuestos

a. Las imágenes opuestas de Dios

En todo este complejo proceso de historia y de cultura, llega un momento en que el mismo ser humano se da cuenta de que es él quien reviste a Dios de unos atributos que, aunque la divinidad no ha reivindicado directamente para sí, él cree conveniente asignárselos, ya que corresponden a los valores éticos, históricos y culturales que él ha descubierto, bajo la guía interior de la misma Divinidad. Aquí se cumple perfectamente el axioma de que Dios existe, pero el ser humano lo reviste.

Todo lo anterior lo palpamos en la Biblia. El Dios que Israel nos va presentando no es tanto un Dios en sí mismo, sino un Dios que él va descubriendo en su historia y va haciendo actuar y hablar, y mandar y prohibir, ya que se da cuenta en su conciencia de que este Dios que él palpa vivo en su vida necesita de sus ideas y palabras para irse revelando lenta-

mente... Esta es la razón por la cual Dios va cambiando de imagen y de conceptos, de apreciaciones y de mandamientos. A nadie extraña que el Dios Yahvéh que comenzó siendo en Israel un Dios violento que ordena matar, un Dios de la guerra, un Dios masculino, un Dios de los ejércitos (cf. Jos 6,17.21.24.26; 8,8.22.24-26.28-29 etc. etc.), termine siendo un Dios de la paz, de la no violencia, de la ternura, del diálogo, (cf. Gn 18,23-32; Dt 32,9-14; 2,21-25; Is 66,13-14; 63,16; 49,15-16; 43,4-8, etc.), o como el Dios de Jesús, un Dios padre-madre (cf. Jn 3,16; 1 Jn 4,8 etc.).

b. Las imágenes opuestas de la ética

Aunque todos los humanos tenemos nuestras propias estructuras mentales, éstas no funcionan de la misma manera en todos los individuos. Así como es un determinado contexto (histórico-cultural, económico, político, ideológico etc.) el que nos las forma, así también es un determinado contexto histórico-cultural (que varía permanentemente) quien nos las vive activando, haciendo que tomen determinada posición, frente a los desafíos éticos que se les presentan.

Un ejemplo de esto puede ser la

diferente posición que vemos en la Biblia frente a la disolución del vínculo matrimonial. Así, mientras los esquemas mentales de una corriente deuteronomista aceptan la disolución, flexibilizando o aumentando las causales de la misma (Dt 24,1-4), los esquemas mentales de Jesús rechazan la disolución que se genera por opresión (Mc 10,1-12), al rechazar la explotación del varón sobre la mujer que en cierta forma el Deuteronomio sostiene; y mientras los esquemas mentales de Mateo encuentran una causa ética que justifica la separación, la «porneia» (¿prostitución, adulterio, cosa impura?), los esquemas mentales de Pablo encuentran una causa religiosa, la de la fe, también para aceptar la separación (1Cor 7,10-16). Son, pues, los diversos contextos los que influyen en los esquemas mentales para hacerlos aceptar o rechazar determinada práctica ética.

4.5. Las estructuras histórico-culturales de la mente nos descubren lo maravilloso que tiene oculto todo milagro.

a. Todo auténtico milagro es portador de un contenido que el relato simbólico sabe revelar a quien lo lee con sabiduría

Un ejemplo bíblico, muy dicente

por cierto, de la actividad que desarrollan los esquemas mentales de quien ve o examina un suceso, es el de los milagros. Toda acción milagrosa en la Biblia -sin excepción- tiene siempre un doble aspecto: a) el del hecho exterior maravilloso ocurrido, y b) el del hecho interior, escondido bajo la caparazón de lo maravilloso. Esta realidad oculta del milagro es captada por la fe de quien lo ha visto o lo narra. Sus esquemas mentales le añaden al suceso maravilloso exterior los datos necesarios para que el oyente o el lector capten lo oculto maravilloso del mismo y descubran así la transformación interna que se ha obrado en la persona o personas objeto del hecho milagroso.

Esta es la razón por la cual la curación de una enfermedad exterior se convierte en signo de una curación o cambio interior mucho más significativo, que es donde realmente se concentra toda la fuerza del milagro. Por ejemplo, en la curación externa de la mujer que es sanada de un flujo de sangre irregular (Mc 5,25-34), el autor del relato señala cómo Jesús quiere curar a todos los testigos de la misma, del legalismo que condena a la mujer y a su medio ambiente a ser impuros legalmente. Para esto añade los detalles siguientes: que Jesús hizo

parar la comitiva, que buscó con sus ojos a la mujer que lo había tocado, que prácticamente obligó a la mujer a confesar en público lo sucedido en ella y que ella lo hizo temerosa y temblorosa porque sabía que había hecho algo que según la Ley merecía castigo: tocar a alguien en estado de impureza y desatar esta impureza en medio del pueblo.

¿Qué buscaba Jesús o el relator con todo esto? Desmontar otra impureza legal, purificar las conciencias del legalismo que se aprovechaba de todo para oprimir las conciencias. Este relato aún hoy nos libera y purifica de todo culto innecesario a la ley. Es precisamente la capacidad que tiene el relato de descubrir lo oculto del suceso lo que lo constituye en «relato simbólico». Esta cualidad acompaña a todos los relatos milagrosos de la Biblia. De nosotros, mejor, del tipo de hermenéutica que utilicemos depende que sepamos descubrir ese otro verdadero y hondo milagro que se oculta debajo de cada acontecimiento maravilloso.

b. Cuando un suceso milagroso interior se reviste de exterioridad

También puede haber relatos de milagros que tienen otra cualidad: la de sacar a la luz acontecimen-

tos ocurridos en el secreto del interior humano, considerados por el testigo de los mismos como verdaderos sucesos extraordinarios que necesitan ser conocidos y por lo mismo narrados. Es entonces cuando el relato o escrito le da cuerpo a este misterioso suceso de la interioridad y lo dramatiza, lo convierte en relato, para que toda su riqueza pueda ser captada por el oyente o por el lector.

Hay quienes sostienen que esto es lo que ocurre con los milagros más espectaculares del evangelio de Juan y de la obra Lucana. De ninguna manera se niega su realidad (esto no lo hace nunca el símbolo), sino que se le da otro orden: se quiere salvar y sacar a la luz una realidad escondida a los ojos de la carne. Es obvio pensar que esa «maravilla» que se experimenta de un cambio interior, obedece a que el cristiano palpa ya en su mundo exterior los frutos de dicho cambio y quiere explicarse que es lo que ha acontecido en su vida. Esta puede ser una de las razones de por qué Juan le da el modesto pero hondo nombre de «signo» (gr. «semeia») y no de «milagro» a las maravillas que narra.

Para algunos exegetas, Juan estaría respondiendo, en algunos de sus relatos de milagros, pregun-

tas como éstas: ¿Cómo hacer para que entendamos que la Ley y el legalismo perdieran ya toda fuerza y que llega el momento de la alegría mesiánica que nos libera? Respuesta: aparece el relato de las inmensas tinajas de purificación vacías, que son llenas de un vino exquisito (Jn 2,6-11)... ¿Cómo hacer para que nos convenzamos de que la fe en Jesús es vida puesto que quien cree en él, el Cordero que muere y resucita, no muere para siempre, a semejanza de su Maestro). Respuesta: aparece el relato de la resurrección de Lázaro (Jn 11,1-44), en el que Jesús insiste en que «yo soy la resurrección, el que cree en mí, aunque muera, vivirá» (11,25)... Todos los milagros de Jesús en el evangelio de Juan responden a un propósito claro: reconstruir la interioridad del ser humano, acercarlo al hombre original, completo, (que es Jesús), todo él capacitado para entregarse al amor de Dios y del hermano. Los milagros, uno a uno, van liberando y reconstruyendo a este ser...

El lector perdonará que nos hayamos alargado en este apartado, en el que hemos tratado de descubrir un poco el papel de las estructuras histórico-culturales de la mente en la creación de relatos simbólicos. Esto se debe al

papel tan trascendental, muchas veces desconocido o intencionalmente ocultado, de la mente humana en la creación de los conceptos teológicos. Con esto nos quedan más despejados los dos campos que nos faltan para completar el panorama del símbolo: el papel del inconsciente y el papel del relato simbólico final, lo cual veremos a continuación.

5. EL PAPEL DEL INCONSCIENTE EN LA CONSTRUCCIÓN DEL SÍMBOLO

Ya sabemos que el trabajo realizado por las estructuras histórico-culturales de la mente (esquema mental) que leen y onolizan el suceso y que perciben hasta los matices más sutiles del mismo, no se pierde. Todo ello es depositado, parte en la memoria consciente y parte en la inconsciente, convirtiéndose esta última en un acumulado latente de procesos y de contenidos síquicos que, desde su aparente silencio, van a estar influyendo e inquietando la conciencia.

5.1. *El inconsciente, el sector más íntimo de la conciencia*

a. *Todo acontecimiento enriquece el inconsciente*

El inconsciente es ese sector íntimo y secreto de la conciencia, aún no organizado y ordenado por la misma, fruto de todos los sentimientos que el acontecimiento le

ha sugerido a los esquemas histórico-culturales de quien lo observó. De esta forma, muchos de los elementos del acontecimiento quedan en el inconsciente convertidos en forma de «pulsiones» que tratarán de aflorar, en una u otra forma, hacia el consciente. Lo harán o en forma de utopías, o en forma de represiones, o en una mezcla de ambas. La conciencia, pues, en gran parte se alimenta del inconsciente, cuando logra darle salida al mismo. Siempre que lo consigue sana al inconsciente que, en su pugna por salir y por hacerse sentir, inquieta permanentemente a las personas y a veces llega hasta enfermarlas.

b. Un rico depósito, siempre disponible

Por lo dicho hasta aquí, vemos cómo el inconsciente se constituye en el gran depósito de sentimientos positivos y negativos, emanados de los hechos y captados y asimilados de una manera inconsciente por los esquemas mentales propios de cada persona, esquemas que le dan las características de positivos o negativos, de placenteros o dolorosos y de sanadores o enfermizos... De esta forma, cuando alguien quiere dar a conocer su propia experiencia sobre algo que ya aconteció, no tiene otro recurso que acu-

dir a su inconsciente, lugar donde se encuentran escondidas las visiones o lecturas más profundas, más hondamente humanas y más personales del acontecimiento. Por algo se nos ha definido el inconsciente como el conjunto de procesos y de contenidos psíquicos que se mantienen latentes y que influyen sobre la vida consciente, a pesar de que, en general, suelen escapar a la reflexión.

5.2. Una comprobación bíblica: Gn 1-11

La Biblia está jalonada de relatos simbólicos que revelan el inconsciente del pueblo, tan inmensamente rico, debido al sinnúmero de experiencias vividas. Se puede hacer un recorrido en cualquiera de los libros, para comprobarlo. Dado que aquí sólo disponemos de un espacio muy reducido, sólo por vía de ejemplo fijemos la atención en los once primeros capítulos del Génesis, llenos de relatos simbólico-míticos.

a. El acumulado psíquico que dejó la crisis del s. 6º aec.

Los especialistas en Biblia nos han enseñado que el Pentateuco terminó de redactarse en torno al s. 5º (tiempo del postexilio), como fruto del esfuerzo de la Escuela

Deuteronomista, para reconstruir la esperanza del pueblo, después de la gran catástrofe de la destrucción del Reino de Judá y de sus instituciones (año 587 aec.), en medio de la gran crisis de desesperanza y de indignidad provocada por tan gran humillación. El acumulado de dolor y de muerte, de indignación y de rabia reprimida, de fracaso y de culpabilidad, de limitación e impotencia era inmenso, pues se trataba de la literal destrucción de la monarquía y en particular de la dinastía davídica, objeto de las promesas divinas (cfr. 2 Sam 7,12-17).

b. El peligro de enfermarse espiritualmente

Frente a Jerusalén incendiada y su templo destruido, frente a sus líderes llevados al destierro con sus mujeres y niños, frente a sus jóvenes asesinados y sus mujeres violadas, frente a sus ancianos y ancianas deambulando famélicos por las calles, frente a la sed y el hambre que cundían, no nos cuesta mucho imaginarnos cómo se encontraba el inconsciente de las personas y del pueblo... El acumulado de utopías destruidas y de rabias y represiones activadas allí en la conciencia, debió ser inmensa. Todo este mundo inconsciente enloquecía, enfermaba, quitaba ganas de vivir. El mejor testimo-

nio lo encontramos en el precioso y crudamente realista libro de las Lamentaciones, en sus cinco breves capítulos.

c. Cómo sanear el mundo interior

¿Cómo sanear este mundo interior, cómo darle salida, para que no terminara de enfermar al pueblo, de enloquecerlo y de quitarle las ganas de vivir? La solución de los sabios de Israel fue acertada, a saber: convertir toda esta fuente inconsciente de pesares y desafíos en relatos que aleccionaran a Israel, le devolvieran la esperanza y los deseos de seguir viviendo, pero aleccionados por la historia, o fin de que no se repitiera la ignominia vivida. Y así, uno tras otro, fueron saliendo relatos que saneaban dicho inconsciente:

- Israel necesitaba dar salida al acumulado de resentimientos inconscientes, de sentirse abandonados de Dios en un mundo que se les había tornado hostil, que parecía esencialmente malo... La salida fue la aparición del hermoso relato de un mundo bueno que Dios le había entregado al ser humano y que éste por su culpa había pervertido. Por siete veces se repite que este mundo es «bueno». (Gn 1,4.10.12.18.21.25.31).

- Israel estaba urgido de dar escape al acumulado de salvajismo mostrado por el ser humano en la conquista y destrucción del Reino del Sur, de Jerusalén y de su templo... La salida fue explicar cómo el ser humano comparte una herencia común con el animal, herencia que debe ser orientada por el Espíritu recibido, hacia la humanización de todas sus tendencias (Gn 2,19; cfr. 2,7 y 1,27).

- Israel requería abrirle una puerta al acumulado de tanto abuso de poder de parte de los que detentan algún tipo de poder y abusan el mismo, tratando siempre de decidir de acuerdo a sus intereses («vio que el árbol era bueno para comer...»), y no según los intereses del pueblo que son los de Dios. El poder que se abrogan los poderosos de decidir por su propia cuenta lo que ellos creen justo, sin hacer referencia al Dios de los pobres, era lo que el Génesis prohibía («del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás», Gn. 2,17)... El Génesis quiere dar a conocer que la raíz de toda explotación está en el deseo de imponer sus propios intereses sobre el dictamen de la propia conciencia que hace referencia a la voluntad de Dios. Es decir, el valor simbólico del relato de la tentación y de la caída está en tratar de explicar la

tendencia humana de saltarse toda prescripción y demostrar su autonomía frente a toda ley superior que lesione sus intereses (cfr. Gn 3,1-19).

- Israel precisaba desahogar el acumulado de opresión, muerte y dolor que generaron los grupos de poder (amos de la violencia, del dinero, de las armas, de la venganza, de la cultura comprada, de mujeres silenciadas, del machismo dominante etc.)... El desahogo se concretó en el relato de Caín y de sus hijos, todos bajo el signo de la maldición, por fratricidas (Gn 4,1-26).

- El propio inconsciente le exigía a Israel evacuar el acumulado de irresponsabilidad que lo acusaba ante la Historia y que merecía un castigo por no haber mantenido suficiente fidelidad a la vocación recibida en favor de la vida... La salida a esto fue el relato del diluvio (Gn 6,5-8.13), confesión del propio fracaso y aceptación del castigo conferido por la historia: un diluvio de sangre...

- También Israel sentía la exigencia de hacer salir tanta humillación causada por los Imperios que la habían sometido, humillado y destruido, a tanto poder conquistador de naciones poderosas que a lo largo de la historia habían aniquilado a los pueblos peque-

ños... La salida a ésta humillación fue el relato de la clasificación de las naciones de acuerdo al poder destructor que habían demostrado (Gn 10,6-20).

- Finalmente, Israel sentía la necesidad de dar salida a los sentimientos de indignación que siempre le habían provocado el maridaje entre el poder político dominador y la religión vendida... La salida fue el relato de la Torre de Babel (Gn 11,1-9), en el que el mismo Dios desbarató este maridaje que había bendecido al poder político y había contribuido a prolongar el dolor en la historia, contribuyendo, desde luego, este modelo de religión vendida a la catástrofe final del pueblo.

Todo lo anterior debe llamarnos, una vez más, la atención hacia el papel que juega el acumulado simbólico en el inconsciente humano y que es capaz de crear relatos trágicos y al mismo tiempo esperanzadores, que sin disimular la tragedia vivida, saben reconstruir el interior del ser humano, canalizando el torrente de historia trágica vivida. Tales son los relatos bíblicos.

A propósito de todo lo dicho, vale la pena un llamado de atención: la mejor forma para descubrir el acumulado inconsciente de cada

uno de los relatos simbólicos de la Biblia es tener presente el contexto en que sucedió el acontecimiento que se narra y el contexto que está viviendo el escritor cuando lo escribe estos dos contextos tienen siempre sus propios acumulados en el inconsciente personal y colectivo, que es necesario tener en cuenta.

6. EL PAPEL DEL RELATO COMO EXPRESIÓN FINAL DEL PROCESO SIMBÓLICO

Según todo lo anterior, ¿qué es un relato simbólico-bíblico? Es la respuesta literaria consciente (en forma de narración, de poesía, de conjunto de leyes, de principios de sabiduría, etc. etc.), que los esquemas mentales crean, respondiendo así a los sentimientos que el acontecimiento original inspiró y que habían quedado acumulados en el inconsciente. Dichos sentimientos del inconsciente son recogidos, ya de una manera consciente, por las estructuras culturales de la mente y convertidos en un relato que trata de comunicar lo que suscitó el acontecimiento, revelando eso escondido que el testigo tenía acumulado, atrapado, encerrado dentro de sí mismo. Es por eso que todo relato simbólico es un acto de revelación; y también por eso siempre tendremos la tendencia -incorrecta, desde luego- de pensar que el relato literario es igual al símbolo, cuando en realidad es sólo la parte final del mismo.

6.1. El relato, una verdadera válvula de escape

Como punto de partida, hagamos esta pregunta que nos introduce en las últimas reflexiones acerca de los componentes del símbolo: ¿Qué fue lo que llevó a Israel a darle a su acumulado histórico negativo una forma liberadora en los relatos simbólicos de tan extraordinaria factura literaria? Sin duda alguna que fue la necesidad que sintió el pueblo de sobrevivir en medio de circunstancias de muerte. Por eso, a su compleja historia vivida, a los acontecimientos de vida y de muerte experimentados, pero releídos una y otra vez y, por lo mismo, recargados y reelaborados, Israel quiso darle salida, para sacar lecciones de la historia vivida y no llegar a repetirla de nuevo. Fue entonces cuando apareció la necesidad del relato simbólico como salida a tanto acumulado histórico que agobiaba la conciencia del pueblo.

6.2 El relato simbólico desborda el acontecimiento original, sin anularlo del todo

El relato simbólico no es una repetición del acontecimiento, es decir, no es una crónica; es algo más: es una lectura o interpretación del suceso. Con esto volve-

mos al punto de partida de este artículo: ¿cómo definimos entonces a la Biblia? Exactamente como definimos ahora al relato simbólico: como la interpretación que hizo Israel de su historia, partiendo de su fe en Yahvéh, Dios liberador. La última parte de esta definición («partiendo de su fe en Yahvéh, Dios liberador») está significando y resumiendo uno de los principales esquemas simbólicos religiosos propios de Israel, a través de los cuales éste leía su historia. Esta es la razón por la cual cada relato bíblico es también una auténtica confesión de fe.

El relato simbólico, pues, en cierta forma transforma el acontecimiento original, pues le añade al mismo todo el análisis de los esquemas simbólicos culturales del testigo, o del narrador o escritor y toda la carga de su inconsciente. Pero entendamos también que, a pesar de toda la carga añadida (interpretación socio-cultural y socio-religiosa), en cada relato se puede llegar a descubrir algún núcleo histórico, así sea él muy pequeño o insignificante.

6.3 Todo lector, de acuerdo a la hermenéutica que emplee, puede descubrir nuevas cosas en un relato simbólico

Todo relato simbólico tiene tam-

bién otra particularidad: a pesar de toda la carga que las estructuras de la mente le añaden al acontecimiento original, el acontecimiento no queda agotado. Son muchas más las cosas que se podrían decir del mismo y que, sin embargo, quedan todavía silenciadas: o porque la mente del que lo vio no supo descubrirlas, o porque quedaron guardadas todavía para decirlas más tarde, o porque el interesado da por cancelada una mayor información, es decir, por algún motivo no quiere hablar más del asunto... El lector, desde su propia hermenéutica, al confrontarse de nuevo con el acontecimiento original, puede intuir y sacar a la luz todas esas cosas silenciadas.

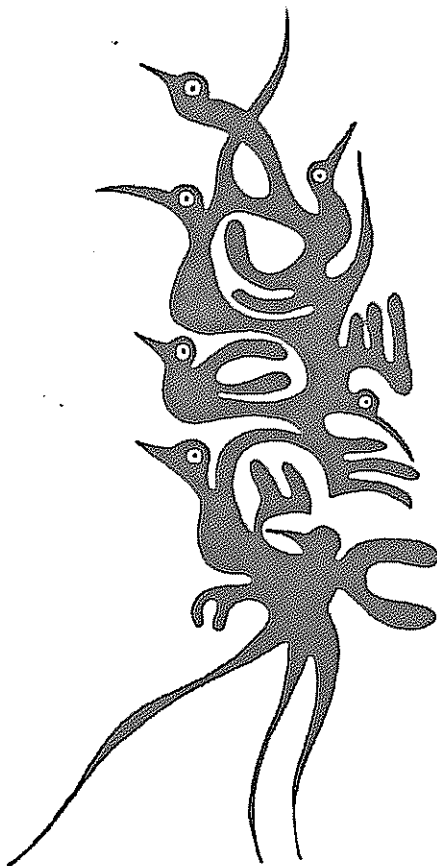
6.4. En un relato simbólico se pueden concentrar muchas cargas interpretativas

En los relatos bíblicos, precisamente por ser simbólicos, acontece otra particularidad. Todos sabemos que entre el acontecimiento original y su redacción escrita, medió siempre un tiempo largo. A veces fueron siglos. Mientras tanto el acontecimiento era transmitido de generación en generación y cada generación lo releía de acuerdo a su situación vital. Ya nos podemos imaginar cómo es posible entonces que, además de

la carga interpretativa del primer testigo, el acontecimiento haya podido recibir muchas cargas interpretativas de las generaciones que los transmitieron oralmente, hasta que finalmente quedó fijado en una redacción escrita.

6.5. Las parábolas, ejemplos de relatos simbólicos

Ejemplos de todo esto abundan en la Sagrada Escritura. Refirámonos solamente a las parábolas de



(Dibujo de Javier Pulgorín Toro)

Jesús, perfectos relatos simbólicos en cuanto nos presentan en general, con las debidas excepciones y matices, la acción transformadora que el Padre Celestial fue obrando en la conciencia de Jesús, acción que fue leída por el mismo Jesús y entregada a sus discípulos y discípulas como el mayor secreto de su conciencia. Cuando uno se coloca con seriedad y profundidad frente a las parábolas, se da cuenta cómo ellas son el final de un proceso en el que Jesús revela lo más secreto de su propia conciencia.

Las parábolas realmente son un medio extraordinario de decir las cosas más duras y más bellas, las más críticas y las más avanzadas, las más espirituales y más escandalosas, porque en ellas palpamos la misma conciencia de Jesús y entramos en contacto con sus esquemas y estructuras mentales que son lo más sagrado de su interior: ahí están todas las claves secretas de su vida, porque ahí está el modo como él leyó la acción de Dios en su conciencia. Por eso no nos deben escandalizar sus confesiones, ya que esto son precisamente las parábolas, por ser relatos simbólicos, casi de primera mano.

6.6. *También las parábolas fueron la expresión final de un proceso*

Entre los permanentes ejemplos de relatos simbólicos, queremos escoger el de las parábolas y decir algo de ellas, en cuanto son el final de un proceso que podríamos resumir así:

a. Cuando Jesús palpaba que su actuar iba respondiendo cada vez con mayor exigencia frente a la voluntad del Padre Celestial, su mirada se dirigía a su interior y descubría que allí era donde su Padre trabajaba en consonancia con su libertad. Por eso, para Jesús era una verdadera necesidad comunicar ese proceso interior que reflejaba la acción divina en su propia existencia. Esto son, pues, las parábolas: relatos que partiendo de los cambios de la propia vida trataban de explicar la acción secreta de Dios en la conciencia de Jesús, acción que él iba experimentando con mayor claridad, a medida que palpaba cambios en sí mismo y en otras personas que lo rodeaban.

b. Esta acción interior del Padre fue leída por las estructuras histórico-culturales de la mente de Jesús, quien fue viendo a la Divinidad como un Padre en vez de un Dios legalista; a la humanidad

como hermana y no como súbdita; a la creación como parte del propio ser, y no como cosa destruible; a la religión, al templo y a la ley como realidades relativas y no como cosas absolutas; a la autoridad como una compañera y no como un juez que siempre termina controlando y condenando; a lo mujer como un ser con dignidad, con derechos y con capacidad para revelar a Dios y al Reino, y no como sólo sexo o tentación; a las mediaciones sacramentales como energías espirituales vivas y no como estructuras momificadas por el tiempo y por rituales envejecidos; a las mediaciones político-religiosas explotadoras (monarquía y religión vendida) como instituciones que no son eternas en el tiempo y a quienes la Historia juzgará en su momento, etc.

c. A cada una de las experiencias de Dios-Padre que Jesús iba experimentando, las leía desde su propia visión, les descubría lo que sólo sus ojos eran capaces de intuir y así, cargadas con su propia lectura, las dejaba como depósito en su inconsciente, para de allí tomar y retomar en los momentos oportunos.

d. Finalmente, llegados esos momentos oportunos, Jesús creaba o recreaba los relatos, de la for-

ma más extraordinariamente sencilla, para expresar lo que sentía en su interior. En los evangelios se notan cuatro momentos importantes que llevaron a Jesús a construir sus relatos parabólicos simbólicos. He aquí estos cuatro momentos:

1) Cuando él quiso expresar la novedad del Reino, totalmente contrario a lo que el poder quiere ofrecer como novedad... Nacen entonces las «parábolas de la llegada del Reino»: una genuina eclesiología...

2) O cuando él trató de demostrar en qué consistía la esencia de Dios: amor y misericordia para todos, pero principalmente para aquellos rechazados por las instituciones oficiales, socio-políticas, socio-religiosas... Aparecen entonces las «parábolas de la Gracia o Amor gratuito del Reino»: una original teología...

3) O cuando él nos quiso decir cómo quería que fueran sus seguidores, hombres y mujeres: llenos de perdón, de creatividad, libres de ataduras legales, convencidos de la causa del Reino y de la justicia... Surgen entonces las «parábolas de los Hombres y Mujeres del Reino»: una verdadera ética o moral neotestamentaria...

4) O cuando él se vio forzado a demostrar que aquellos a quienes su anuncio del Reino no convencía, los ponía en crisis, pues quedaba descubierta su maldad... Emergen entonces las «parábolas de la crisis del Reino»: una auténtica escatología... Es decir, cada contexto de la vida de Jesús, lo llevó a explicitar en relatos, lo que bullía en su conciencia.

Este recorrido que hemos hecho con las parábolas de Jesús también lo podríamos hacer con los milagros, tanto con los del Antiguo, como con los del Nuevo Testamento, lo mismo que con las polémicas de Jesús, o con los mitos de creación o recreación del A. T., o con los oráculos y pleitos proféticos, o con los relatos sapienciales, etc. etc. Siempre que se realice este ejercicio simbólico, los resultados exegéticos son excelentes: se les descubren nuevos contenidos a los relatos y, por lo mismo, se renueva la interpretación.

7. CONCLUSIONES

1. A fin de poder sacar con lógica algunas conclusiones finales, recordemos qué es un relato simbólico. Un relato simbólico es el relato oral o escrito que es capaz de revelar la lectura que el ser humano hace de un acontecimen-

to significativo para él, al cual carga con nuevos contenidos de acuerdo a las estructuras histórico-culturales de su mente, y a la riqueza de su inconsciente, tratando así de responder, por medio de alguna técnica literaria, a las preguntas que le hace su contexto social y religioso.

2. Por lo tanto, el símbolo viene a ser la vivencia global de esos cuatro elementos que revelan y unen el mundo exterior y el mundo interior de un sujeto, a través de estructuras de doble sentido, que logran que lo indecible se vuelva decible; lo inenarrable, narrable; lo secreto, manifiesto; lo inalcanzable, alcanzable; lo incorpóreo, tangible; los sentimientos, palabras...

3. Como se puede ver, en el símbolo el autor trata de interpretar un suceso, no de hacer una crónica del mismo; y, al interpretar, hace que el suceso tome una nueva forma que, como es apenas lógico, desborda la forma original, puesto que la enriquece.

4. De esta manera, al divulgar el suceso, el relato se convierte en vehículo del mensaje que el testigo quiere dar acerca de lo acontecido. Esta es la razón por qué en los relatos simbólicos (parábolas, milagros, polémicas, etc.)

el mensaje es lo más importante.

5. Cuando la conciencia de quien crea el relato simbólico está apasionada por la verdad descubierta, fácilmente recurre a Dios, para ponerlo como testigo de dicha verdad. Es entonces cuando Dios aparece mandando, prohibiendo, aconsejando... El problema de Dios es siempre problema de la conciencia.

6. Al afirmar que es la conciencia humana la que pone a Dios como respaldo de sus conquistas y afirmaciones, no estamos negando la acción de Dios, sino reubicándola correctamente. Al interpretar el relato en clave simbólica, nos damos cuenta de que la acción de Dios queda mejor ubicada si Dios actúa en el interior de la conciencia, lo cual es el modo de actuar de un Dios que respeta las leyes que Él mismo le impuso al universo y al ser humano, en cuanto creatura dotada de libertad.

7. Cuantas veces pongamos a Dios a actuar desde fuera de su creación (nuestro concepto tradicional de milagro) y desde fuera de la conciencia (nuestro concepto ordinario de revelación), destruimos la forma permanente que Él tiene de actuar desde dentro de sus creaturas y desde dentro

del ser humano, lo cual en sí mismo constituye el milagro permanente de la creación y de la revelación, desgraciadamente no siempre percibidos y reconocidos como tales, por causa de nuestras incorrectas ideas sobre Dios.

8. Un relato simbólico, por ser la interpretación de un acontecimiento, es siempre un canal de doble vía o doble sentido: las palabras exteriores que pone el autor llevan al interior de su mente, en busca de lo que él quiso decir con cada una de ellas. Y lo que él trató de decir está ahí, en la interioridad de las palabras, las cuales siempre dicen algo más que lo que la exterioridad literal de las mismas indica.

9. El significado literal queda desbordado por ese otro significado que está subyacente, que está diciendo algo más, siempre y cuando el lector sepa descubrirlo, llegar hasta el interior de quien escribe, en busca de su gran mensaje... ¿Qué hay «más allá» de la realidad aparente de Dios, cuando se le llama «Padre, Yahvéh, Elohím, Yahvéh Sebaót, El-Shaddái, El-yon, El-roí, Adonái, Liberador o Goel etc.?... ¿Qué hay «más allá» de la realidad de Israel, cuando se le llama «esposa, prastituta, virgen», etc.?... ¿Qué hay «más allá» de la reali-

dad del ser humano (hombre y mujer), cuando se le llama «imagen de Dios» (Gn 1,26), en cuanto él es un «Adán, macho», y en cuanto ella es una «Eva, hembra» (Gn 1,27), o cuando se dice de ella que es «carne de la carne y hueso de los huesos del varón»? (Gn 2,23)... ¿Qué hay «más allá» de la realidad de María, cuando se la llama «la plenamente amada», o cuando se dice de ella que era «virgen»?

10. Ese «más» que hay detrás del significado literal de las palabras es lo que la genuina hermenéutica debe buscar. Esto es lo único que nos lleva a superar el fundamentalismo bíblico que tanto daño le ha hecho a la teología y al dogma, y que ha victimizado a tantos sinceros hermeneutas y teólogos, cuando la Gran Institución olvida que la Biblia es esencialmente simbólica.

11. Y ya, para terminar, una palabra sobre el papel que desempeña el lector frente a los relatos bíblicos simbólicos que caen en sus manos. El lector, cuando lee con atención, detención, espontaneidad, profundidad y criticidad, hace pasar el texto a través de sus propias estructuras mentales, que no son las mismas -ni en el tiempo ni en el espacio- que las del autor original. Y, al

hacer esta filtración, le añade al texto sus propios sentimientos, sus propias aplicaciones y su propio contexto, es decir, re-crea el texto...

12. Y esto reposa ahí en su inconsciente, hasta que lo explicita en su propio comentario, en su propia exégesis, que puede llegar a decir cosas nuevas, con nuevos matices, con nuevas honduras que hacen que la Palabra se convierta en una verdadera Buena Nueva permanente para cada tiempo y lugar, para cada grupo humano, para cada circunstancia...

Nuestra vocación de lectores de la Palabra de Dios en la Palabra del Hombre, es una vocación de hermeneutas y exégetas. No le temamos a esta vocación. En ello reposa nuestra misma esencia cristiana.